



Verdad y Anuncio de la Fe



Pa. Ntra. Sra. Reina del Cielo ✧ Año VI ✧ nº. 12 ✧ 25 de Diciembre de 2011

Evangelio de este Domingo

✧ *Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc 2, 1- 14)*

• En aquel tiempo salió un decreto del emperador Augusto, ordenando hacer un censo del mundo entero. Este fue el primer censo que se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a inscribirse, cada cual a su ciudad. También José, que era de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret en Galilea a la ciudad de David, que se llama Belén para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta. Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada. En aquella región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño.

Y un ángel del Señor se les presentó: la gloria del Señor los envolvió de claridad y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo:

• *«No temáis, os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre».*

• De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo:

«Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que Dios ama».

NOS HA NACIDO UN SALVADOR: EL MESÍAS, EL SEÑOR

Contenidos de la Hoja Semanal

• Evangelio:	Del evangelio de san Lucas (Lc 2, 1 – 14)
• Test. Misionero:	Santa Teresa del Niño Jesús: a Jesús por el corazón.
• Magisterio:	Vaticano II: (GE 2 – 3).
• Vida Cristiana:	Jesús, Dios en rostro humano.

Santa Teresa del Niño Jesús: a Jesús por el corazón.

Santa Teresa del Niño Jesús fue nombrada por Pío XI, en 1925, Patrona de la Obra de San Pedro Apóstol para el Clero Nativo y, en 1927, Patrona de las Misiones junto con san Francisco Javier.



Nació en Normandía, Francia, el 3 de enero de 1873, fue monja de clausura a la edad de 15 años, y dedicó su existencia a orar y a sacrificarse por los sacerdotes, especialmente los misioneros. Murió muy joven, a los 24 años, pero dejó un mensaje excepcional por su sencillez y profundidad.

«Quisiera ser misionera, no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguir siéndolo hasta la consumación de los siglos»... «¡Al fin he hallado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor! Sí, hallé el lugar que me corresponde en el seno de la Iglesia, lugar, ¡oh Dios mío!, que me habéis señalado Vos mismo; en el corazón de mi madre la Iglesia yo seré el amor... Así lo seré todo, así se realizarán mis anhelos».

«Si hubiera sido libre para disponer de mis bienes, me habría arruinado ciertamente, porque no podía ver una persona en la miseria, sin darle en seguida cuanto necesitaba». A este propósito nos recuerda lo que hacía a sus ocho años: *«Sacaba de mi hucha algunas limosnas para entregarlas en determinadas fiestas solemnes a la Obra de la Propagación de la Fe».*

De interna en el colegio de las benedictinas, le gustaba llevar una cruz llamativa que le hacía recordar a los misioneros. *«Me gustaba muchísimo asistir con las religiosas a todos los oficios. Llamaba la atención entre mis compañeras por un crucifijo que Leonia me había regalado, y que llevaba atravesado en el cinturón, como lo llevan los misioneros».*

El Papa Pío XI, llamado el *"Papa de las Misiones"*, declara a santa Teresa del Niño Jesús Patrona y Protectora a perpetuidad de la Obra de San Pedro Apóstol y, posteriormente, también Patrona principal de todas las misiones y de todos los misioneros y misioneras del mundo, al igual que san Francisco Javier, *"por razón del grandísimo ardor y celo que la consumía por dilatar la fe"*.

En esta semana, en la que asistimos al *"hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, el Mesías y Señor"*, encuentra todo su sentido la profunda vocación misionera de santa Teresa de Lisieux: *«Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra».*

LA EDUCACIÓN CRISTIANA

2. Todos los cristianos, en cuanto han sido regenerados por el agua y el Espíritu Santo han sido constituidos nuevas criaturas, y se llaman y son hijos de Dios, tienen derecho a la educación cristiana. La cual no persigue solamente la madurez de la persona humana arriba descrita, *sino que busca, sobre todo, que los bautizados se hagan más conscientes cada día del don de la fe*, mientras son iniciados gradualmente en el conocimiento del misterio de la salvación; aprendan a adorar a Dios Padre en el espíritu y en verdad, ante todo en la acción litúrgica, adaptándose a vivir según el hombre nuevo en justicia y en santidad de verdad, y así lleguen al hombre perfecto, en la edad de la plenitud de Cristo y contribuyan al crecimiento del Cuerpo Místico.

Ellos, además, *conscientes de su vocación, acostúmbrense a dar testimonio de la esperanza y a promover la elevación cristiana del mundo*, mediante la cual los valores naturales contenidos en la consideración integral del hombre redimido por Cristo contribuyan al bien de toda la sociedad. Por lo cual, este Santo Concilio recuerda a los pastores de almas su gravísima obligación de proveer que todos los fieles disfruten de la educación cristiana y, *sobre todo, los jóvenes, que son la esperanza de la Iglesia*.

LOS EDUCADORES

3. Puesto que los padres han dado la vida a los hijos, *están gravemente obligados a la educación de la prole* y, por tanto, *ellos son los primeros y principales educadores*. Este deber de la educación familiar es de tanta trascendencia que, cuando falta, difícilmente puede suplirse. Es, pues, obligación de los padres formar un ambiente familiar animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos. *La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtudes sociales*. Sobre todo, en la familia cristiana, enriquecida con la gracia del sacramento y los deberes del matrimonio, *es necesario que los hijos aprendan desde sus primeros años a conocer la fe recibida en el bautismo*. En ella sienten la primera experiencia de una sana sociedad humana y de la Iglesia. Por medio de la familia, por fin, se introducen fácilmente en la sociedad civil y en el Pueblo de Dios. Consideren, pues, atentamente los padres la importancia que tiene la familia verdaderamente cristiana para la vida y el progreso del Pueblo de Dios.



En este momento, con incertidumbres en el corazón, nos preguntamos con Tomás: “¿Cómo vamos a saber el camino?” (Jn 14, 5). Jesús nos responde con una propuesta provocadora: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6).

Él es el verdadero camino hacia el Padre, quien tanto amó al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él tenga vida eterna (Cf. Jn 3, 16). Esta es la vida eterna: *“Que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y a Jesucristo tu enviado”* (Jn 17, 3).



La fe en Jesús como el Hijo del Padre es la puerta de entrada a la Vida. Los discípulos de Jesús confesamos nuestra fe con las palabras de Pedro: *“Tus palabras dan Vida eterna”* (Jn 6, 68); *“Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”* (Mt 16, 16).

Jesús es el Hijo de Dios, la Palabra hecha carne (Cf. Jn 1, 14), verdadero Dios y verdadero hombre, prueba del amor de Dios a los hombres. Su vida es una entrega radical de sí mismo a favor de todas las personas, consumada definitivamente en su muerte y resurrección.

Por ser el Cordero de Dios, Él es el salvador. Su pasión, muerte y resurrección posibilita la superación del pecado y la vida nueva para toda la humanidad. En Él, el Padre se hace presente, porque quien conoce al Hijo conoce al Padre (Cf. Jn 14, 7).

Los discípulos de Jesús reconocemos que Él es el primero y más grande evangelizador enviado por Dios (Cf. Lc 4, 44) y, al mismo tiempo, el Evangelio de Dios (Cf. Rm 1, 3). Creemos y anunciamos *“la buena noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios”* (Mc 1, 1). Como hijos obedientes a la voz del Padre, queremos escuchar a Jesús (Cf. Lc 9, 35) porque Él es el único Maestro (Cf. Mt 23, 8). Como discípulos suyos, sabemos que sus palabras son Espíritu y Vida (Cf. Jn 6, 63. 68).

Con la alegría de la fe, somos misioneros para proclamar el Evangelio de Jesucristo y, en Él, la buena nueva de la dignidad humana, de la vida, de la familia, del trabajo, de la ciencia y de la solidaridad con la creación.